

mesita DE noche

P A T R I C I A Z A M A

Agatha Christie/tímida y prolífica
El 15 de enero del 2007 se cumplen 32 años de la muerte de Agatha Christie quien, a mediados del siglo pasado, fuera la autora inglesa más vendida y creadora de un estilo que sigue influyendo a la literatura moderna de suspenso. Transcribo detalles de su vida y su oficio que aparecen en la biografía escrita por Janet Morgan, basada en documentos personales, manuscritos, correspondencia, álbumes de familia y recortes de prensa.

Agatha Mary Clarissa nació el 15 de septiembre de 1890. Fue la tercera hija de Clara, una joven huérfana y de Frederick, americano, hijastro de la tía de Clara, una pareja aventurera que vivió en Nueva York y terminó estableciéndose en Inglaterra, en Torquay (Devon), en una casa llamada Ashfield. Ahí nació y pasó su infancia Agatha. Sus hermanos le llevaban más de diez años y se crió con sus abuelas, nunca asistió a la escuela formal. A los cinco años aprendió sola a leer y escribir, aunque siempre tuvo mala caligrafía y mala ortogra-

fía. Tocaba la mandolina y el piano y sus mascotas fueron perros y gatos.

Cuando tenía once años de edad murió su padre. A los 17 escribió sus primeros relatos y a los 24 casó con Archie Christie, un año mayor que ella. Durante la primera Guerra Mundial, mientras Archie prestaba servicio en el ejército y ella era voluntaria en un hospital, escribió su primera novela policiaca "*El misterioso caso del señor Styles*". La escribía en ratos, a mano y como avanzaba con lentitud decidió tomarse unos días. Se instaló en el hotel Moorland, de Haytor, un pueblecito, y dedicó las mañanas a escribir. Por las tardes paseaba y reflexionaba sobre la trama, luego cenaba y dormía doce horas seguidas. A los doce días de rutina, terminó el borrador. Regresó a su casa, lo revisó y añadió "cierto interés amoroso", lo mandó pasar en limpio y lo envió a cuatro editoriales. Todas se lo devolvieron, pero la última, The Bodley Head, la llamó dos años después para ofrecerle publicar la novela dándole diez por ciento de las ventas superiores a dos mil

ejemplares en Inglaterra y a mil en América, así como la mitad de lo que obtuviera el libro por derechos de reproducción en revistas o en escena. Al terminar la guerra tuvo a su única hija, Rosalind.

La mayor parte de su obra la escribió Ágatha mientras viajaba y le fue inspirada por los lugares remotos que visitó. Uno de esos viajes decisivos fue la gira de un año con su marido Archie, para visitar el Imperio Británico promoviendo una exposición comercial que se realizaría dos años después. El recorrido por África, Australia y Canadá lo emprendieron con un curioso personaje de carácter y costumbres extravagantes que inspiró al famoso Hércules Poirot (en 1921, a petición del editor de una revista, escribió la primera serie de relatos con este protagonista). Al regresar y encontrarse con el éxito de su primera novela, asumió el oficio de escritora.

Un año difícil para ella fue 1926: su madre murió y su marido le confesó que estaba enamorado de otra mujer. Estos acontecimientos le pro-

vocaron una crisis de nervios y depresión que estalló en plenas fiestas navideñas, cuando la escritora salió de su casa para permanecer diez días en lugar desconocido. Fue un lapso de amnesia al que siguió una larga depresión. Se dedicó a escribir y desde entonces publicaría al menos una novela al año, así como una colección de relatos y una obra de teatro. En cualquier momento anotaba esbozos de historias, utilizaba el cuaderno que tuviera a mano, como viejas libretas escolares de Rosalino o agendas a medio llenar. Escribía con rapidez, en letra ilegible, a lápiz o pluma. Le interesaban los problemas y los acertijos, las conductas aberrantes, los motivos por los que la gente corriente se apartaba de un comportamiento normal y gustaba de averiguar cómo la gente guardaba sus secretos. Consideraba lo mejor de la profesión de escritor el “que se puede hacer en privado y cuando uno quiere”. Siempre tenía proyectos de reserva. Empezaba con el encabezado: “Novela nueva”, abajo un título, luego una lista de personajes con características y el lugar que ocuparían en la historia. Enseguida, el esbozo de la trama. Sus novelas plantean un misterio, proporcionan pistas, establecen relaciones y resuelven un problema, finalizando con un giro imprevisto. No le interesaban los rebuscamientos estilísticos. A propósito usaba una prosa sencilla y directa, que no distrajera al lector de la trama. Decía que el autor debía pasar inadvertido y ocuparse

de “satisfacer la curiosidad de los lectores”.

Una de las claves de su éxito fue la magnífica relación que la unió a su agente literario Edmund Cork. Él empezaba en el oficio cuando se conocieron y se convirtió en su gran aliado. Se ocupaba de resolver cualquier problema de la escritora, incluso los domésticos y familiares y de proporcionarle los medios para facilitar su trabajo, enviándole toda clase de antojos al lugar donde ella se encontrara y, lo más importante, se dedicó a promover y negociar la publicación y adaptaciones de la obra de Ágata.

Después del divorcio, en abril de 1928, Ágata publicó dos novelas y en el otoño planeó unas vacaciones a las Antillas, pero dos días antes de partir conoció a una pareja recién llegada de Bagdad y cambió su destino: tomó el Expreso de Oriente y siguió el recorrido Londres, París, Lausana, Milán, Venecia, Trieste, Zagreb, Belgrado, Sofía, Estambul y Beirut. En Bagdad visitó un campamento de arqueólogos. El viaje fue muy provechoso para su carrera y su vida. Ahí nacieron sus personajes Mr. Quin y la señorita Marple y su primera obra de teatro: “*Café solo*”. También ahí, aunque un año después, conoció a su segundo marido. El Expreso de Oriente le pareció “el escenario perfecto para un crimen” y decidió repetir la experiencia. Gracias a ello conoció a un joven arqueólogo “atento, serio y erudito”, de 25 años de edad Max Mallowan. Ella tenía casi

cuarenta. Fue su guía y compañero durante el viaje y la acompañó de regreso a Londres. El romance culminó en boda, luna de miel en Venecia y cinco semanas por la costa dalmata. Se mantuvieron juntos el resto de sus respectivas vidas.

Novelas de misterio, alegres e intrascendentes

La pareja dejaba Londres en enero y regresaba en marzo. Ágata dedicaba esa temporada a planear y escribir sus libros. En una carta describe una típica jornada de trabajo, durante una estancia en el Grand Hotel de Roses, en Rodas: “Desayuno a las ocho. Meditación hasta las nueve. Frenético ataque a la máquina de escribir hasta las once treinta. Baño en la playa, tomar el sol. Comida a la una treinta, charla en la terraza, después del té otro rato de trabajo. Cena a las ocho treinta...” Decía que a la mitad de una novela siempre padecía un ataque de depresión. Era meticulosa. Leía las galeras dos veces, antes de aprobar su publicación. Le molestaban las erratas. Acostumbraba escribir con mayúsculas Hotel, Cuarto de Baño y Bañera. También sus alimentos favoritos: Caviar, Jamón, Langosta y Pastelillos de Hojaldre con Bechamel. Respecto a su método para escribir decía: “Es como realizar un viaje en automóvil del que se conoce el punto de partida y el destino habiéndose de elegir una de las posibles rutas para cubrir el trayecto”. Cuando pudo disponer de una habitación privada para trabajar instaló

en ella una mesa grande y sólida, una silla de respaldo recto para escribir a máquina, un sofá y un piano de cola.

Escribir era el oficio que le permitía ganarse la vida (aunque los impuestos se llevaban la mayor parte de las ganancias). Pero no era su actividad más importante, prefería el jardín, la cocina, los viajes y no tenía inconveniente en abandonar un capítulo a la mitad para realizar cualquier otra actividad. Nunca hablaba de sus novelas y detestaba que se le preguntara sobre ellas. “La mayor parte de mis libros son lo que yo definiría como novelas de misterio alegres e intrascendentes”, dijo en una entrevista.

Aunque un par de veces participó con entusiasmo en proyectos colectivos como series para la radio, al terminar declaró “el esfuerzo que requiere escribir toda una serie prefiero emplearlo en componer un par de libros”. Sus autores preferidos eran Shakespeare y Dickens, pero leía de todo, incluso recetas de cocina y dos periódicos diarios. No le gusta-

ba oír radio ni ver televisión, pero lo hacía para conocer las frases y palabras que se ponían de moda. Se mantenía al día en la lectura de los autores contemporáneos y la muerte la sorprendió leyendo “*Nieve de primavera*” de Yukio Mishima.

En los años cuarenta su mayor éxito lo obtuvo con las novelas, en los años cincuenta con las obras de teatro y en los sesenta con la adaptación de sus libros al cine. Su obra de teatro de mayor permanencia en cartelera nació en forma curiosa: La reina Mary de Inglaterra era gran lectora suya y la BBC le encargó una obra de teatro para transmitirla el 26 de mayo, día del cumpleaños de la soberana. Escribió entonces *Tres ratones ciegos*, que dos años después amplió para convertirla en *La ratonera*. Se estrenó en octubre de 1952 y estuvo en cartelera de manera ininterrumpida y con teatro lleno, por decenas de años. Es la obra de mayor duración de la historia del teatro inglés. Sin embargo, la preferida de los críticos es *Testigo de cargo*, así

como una de sus novelas más apreciadas es *El asesinato de Rogelio Ackroyd*, y la de mayor éxito en el cine es la adaptación de *Asesinato en el Expreso de Oriente*. En las adaptaciones no permitía escenas de violencia o brutalidad. Cuidaba que las portadas de sus libros no fueran realistas, que no representaran un episodio o escena del texto y que no aparecieran en ellas figuras humanas.

Otra de sus pasiones fue comprar, remodelar y amueblar casas. A lo largo de su vida adquirió una decena, entre departamentos londinenses y fincas campestres. Una de las más famosas fue a la que llamó Greenway, la compró en 1938 y la describía como “la casa más bonita del mundo. Tanto que contemplarla me quita el aliento”. Era una enorme mansión que inspiró el escenario de *Diez negritos*.

Escribió media docena de historias románticas basadas en sus recuerdos de infancia que firmó con el seudónimo de Mary Westmacott. En uno de sus cuadernos escribió: “Ocupación favorita: estar sentada al sol sin hacer nada. Lo que más detesto: las multitudes, el ruido, las fiestas, demasiadas conversaciones”. Su bebida predilecta era el agua mineral y nunca tomaba alcohol. Fue muy generosa. Donaba derechos de autor de algún cuento o novela para causas benéficas o bien para escuelas. Le encantaba hacer regalos. A sus amigos les daba las obras completas de Harold Pinter y las de Jane Austen. ■



Mel